

## LA ÉTICA DE JESÚS: EL SERMÓN DEL MONTE

**En aquel tiempo me preguntaste:  
teólogo ¿tú, quién  
eres?  
Soy  
un soplo del pasado que vive  
la brisa del futuro.**

### **Introducción**

Y la ética que desee dar soluciones al acontecer humano siempre ha de estar reencarnándose.

No es habitual comenzar un artículo o escrito con una conjunción copulativa. Creemos que esta excepción merece ser aclarada. Todas las éticas han pretendido buscar sus fundamentaciones. No será ese nuestro objetivo. La ética que pretendemos expresar proviene de un manantial que todavía no ha llegado al mar. Como Abraham ha partido desde la mítica Ur pero sigue en peregrinaje (Gn 11, 31); como el ciego de nacimiento está en camino pero aún no ha llegado a la meta (Mc 10, 52) La meta de nuestra ética también deviene de un “comenzar a ver” y necesita de cada historia concreta.

La ética del sermón del monte no tiene matriz disciplinar alguna porque ella es el origen de toda matriz, de todo paradigma. De ahí la imposibilidad de su fundamentación (1) Las leyes de la eticidad que deseamos exponer están en constante refundación, reencarnación. ¿Por qué? Porque toda fundamentación proviene de la situación histórica donde ha sido formulada. Y toda formulación está condicionada por los universos conceptuales que la han hecho posible (2)

Intencionadamente hemos vuelto a iniciar la última oración gramatical con la conjunción copulativa “y”. Ella deviene de otra oración previa. Así nuestra ética. Somos marineros en la barca (Iglesia) del pescador (Cristo) Tenemos un rumbo marcado para llegar al puerto. Pero la travesía hemos de realizarla nosotros. Las éticas preexistentes nos han permitido conocer el lenguaje de las estrellas, la lectura de la brújula, la tensión adecuada del velamen, etc., sin embargo, ahora, en nuestra navegación, hemos de mantener el timón e interpretar cada lectura con una nueva visión si deseamos arribar a buen puerto.

Cristo volverá a “permanecer” dormido (Mt 8, 24), como Jonás en su huida (Jon 1,5), y los marineros necesitarán reinterpretar su fe como si cada día fuera el primero de la navegación (3) De ahí que su signo continúe siendo universal: *¡Generación malvada y adúltera! Un signo pide y no se le dará otro que el signo de Jonás. Y dejándolos, se fue.* (Mt 16, 4 y par.).

En cada realidad histórica emerge un sistema de costumbres. Estas costumbres son las que en teología moral se denominan “ethos” y crean sus propias normas (“éticas”) Las éticas, a su vez, obligan a unas normativas jurídicas (“leyes”) Las leyes han de ser por su propia génesis, evolutivas (4)

En los inicios de nuestro siglo XXI y en el devenir en el que nos encontramos inmersos (historia de España), tenemos una Constitución que ha nacido dentro de un “ethos”, de un sistema de costumbres determinadas. Ellas han marcado unos sistemas de valores superiores para salvaguardar la dignidad del hombre. La dignidad, dentro de los parámetros de nuestras costumbres es imposible sin una ética reformulada. ¿En que ha consistido dicha reformulación? En indicar que para salvaguardar dicha dignidad es imprescindible la libertad, la igualdad, la justicia y la pluralidad (5)

Estos valores superiores son la norma de la norma; la ética sobre la que posteriormente se formularán los derechos fundamentales del hombre y se legislarán las leyes que salvaguarden la moral previa establecida dentro de un “ethos” determinado ¿Cuál? El que hemos aceptado los españoles como nuevo paradigma.

¿Cuál es el “ethos” que marca la ética del sermón del monte? ¿Cuáles son las leyes que reclama la ética de Jesús?. ¿Puede, de hecho, compararse la ética evangélica con las éticas que emergen de cada concreta situación?

Nuestro ensayo tratará de responder a estos interrogantes, sin olvidar que los mismos (de ahí la referencia que hemos hechos a nuestra concreta situación), emergen desde el aquí y el ahora. Las respuestas angélicas olvidan frecuentemente esta necesaria reencarnación del mensaje. Jesús de Nazaret, también tuvo su personal devenir. Fue desde él que reformuló la ética del Sinaí. Las leyes o mandamientos de Dios nacieron en un “ethos” concreto. Son la necesaria respuesta al mismo.

La normativa sinaítica es reformulada por Jesús de Nazaret. Ahora bien, para el cristiano, Jesús de Nazaret es el Cristo, luego su formulación nos encamina hacia la plenitud que denominamos resurrección. El cristiano está en camino hacia la resurrección, por esta razón somos los del “camino” (Jn 14, 6), los navegantes, los que desde cada concreto Ur (en nuestro caso España) partimos, como Pablo de Tarso (Hch 9, 3) hacia el horizonte de nuestras posibilidades. Y en Cristo estas posibilidades se denominan resurrección.

Jesús de Nazaret también vivió dentro de unas costumbres determinadas (ethos) y desde ellas reinterpreta la normativa. Siempre la normativa ha de ser reinterpretada; más, en cristiano es imposible no efectuar tal trascendencia ya que el “ethos” emana de un caminar hacia la resurrección.

La ética del sermón del monte ha de ser introducida en su propio contexto y desde él averiguar, en cuanto cristianos, cuál es el nuestro. Sólo así su dinámica llegará hasta nosotros y en llegando, nos obligará a reformular nuestros universos conceptuales. Confundir la letra con el espíritu, fue, es y será uno de los mayores errores de la teología de todos los tiempos. La letra sigue y seguirá matando. El hombre es su creador (6)

Con esta breve introducción queda aclarada nuestra inicial conjunción copulativa “y”. Tal conjunción une el pasado con el presente. Las éticas siempre devienen, posiblemente esa sea su más clara fundamentación. La ética de Jesús es la ética del sermón del monte y deviene de la ética mosaica. Esta fundamentación es siempre relacional, no en vano el “ethos” es costumbre y lugar donde se desarrollan las relaciones con el otro.

El cristiano, como persona inmersa en el “ethos” bíblico siempre está en relación con el otro. Desde esta relación se marca su ética. ¿Cuál fue la relación que desde Abraham mantiene el hombre de fe y que se plenifica en Cristo?.

Comencemos nuestra exposición tratando, a través de ella, de responder a los interrogantes aquí planteados.

## JESÚS Y SUS CONTEMPORÁNEOS

Unas breves pinceladas para recordar que el lienzo que deseamos exponer, salvando las distancias, no es tan distinto al actual. Ciertamente que las costumbres han cambiado y es en ellas donde brotan las eticidades, no obstante, los sentimientos humanos son los mismos.

Amor, odio, patriotismo, creencia, libertad, justicia, etc., marcan el acontecer de cada sociedad. La diferencia estriba en la forma de expresar estos sentimientos; es ahí donde se señalan las fronteras de la ética (7)

Jesús tuvo sus propias fronteras. Trascenderlas o mantenerlas es el interrogante previo al dilema de la eticidad. ¿Cuál fue el comportamiento de Jesús ante la ética de su entorno?

La ética de Jesús, como la de cualquier judío del siglo primero de nuestra era, exigía cumplimiento y fidelidad a la alianza recibida a través de Abraham: *Voy a dar a tu descendencia esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates: los quenitas, quenizitas, cadmonitas, hititas, perizitas, refaítas, amorreos, cananeos, guirsaseos y jebuseos.* (Gn 15, 18-21)

Esta promesa se torna en alianza perpetua siempre que el hombre crea posible su realización. Abraham va a ser fundador de un pueblo cuando, en su concreta historia, no ha podido tener un hijo (Gn 1, 3) Va a poseer dominio sobre todos los pueblos sin poseer, de hecho hasta el momento de la muerte, un pedazo de tierra (Gn 25, 7-11)

¿Cómo será posible tal milagro? La historia del pueblo de Israel cuenta su génesis durante siglos: ello ha sido posible porque un hombre creyó: *Mira el cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó él en Yahvé, el cual se lo reputó por justicia* (Gn 15, 5) (8)

Abraham cree y se le reputa por justicia a través de los siglos. Así lo entiende el apóstol universal Pablo de Tarso (Rm 4, 3), y lo seguimos entendiendo quienes deseamos seguir obrando a través de la fe.

Todo el acontecer bíblico reclama la fe iniciada en Abraham. Ella es la que hace exclamar a Jesús: *Yo os aseguro: si tenéis fe y no vaciláis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que si aún decís a este monte: Quítate y arrójate al mar, así se hará. Y todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis* (Mt 21, 21 s.)

Todo el acontecer humano que obra partiendo de esta fe es la que recuerda Mateo cuando anuncia que: *... tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí. Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y acudimos a ti? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25, 35-40)

La fe sitúa al creyente en una posición que es siempre de salida. Nada está hecho. Todo comienza y se renueva y nada queda fuera de su esfera. Cualquier acontecer humano que brota desde la fe, reclama de forma imperiosa la necesidad de ayudar al prójimo, implicando al mismo Dios.

Poco importa si dicha ayuda estriba en algo tan cotidiano para la cultura semítica como el invitar a comer y/o beber al forastero; o como visitar al enfermo. Nada queda fuera de la esfera del Rey.

No es extraño que dentro de estos parámetros, el sacramento más colectivo y por tanto universal de nuestra fe: la eucaristía, esté simbolizado con el pan y el vino (Lc 22, 19-20 y par.).

Cuando el rumoreo del infinito brota en el corazón del ser humano nada queda fuera de su radio de acción. Ahora bien, para dejarse llevar por este don de Dios, es preciso estar despierto, vigilante (Mt 25, 1-13), sólo los que duermen creen que los demás también permanecen dormidos (Mt 8, 23-27)

Desde la vigilia se escriben las palabras evangélicas. Desde el despertar de la resurrección se proclama la ética de Jesús (9) Ciertamente que el “ethos” concreto en el que Jesús proclamó su ética estaba tan condicionado como el nuestro. La sociedad del siglo primero de nuestra era tenía sus propias leyes; leyes que salvaguardaban la eticidad existente.

Contra esta ética desean arremeter los zelotes a través de la revolución armada o desean capear los saduceos colaborando con el poder establecido. Cada cual, desde la concreta posición que tiene en la escena, ha de representar el papel de su vida. Posiblemente los más vituperados por Jesús fueron los fariseos. Y ello no es extraño, al margen de puritanos, las exigencias legalistas que imponían a sus contemporáneos no iban, al parecer, con la ética que Jesús reclama (Mt 15, 1-6)

Sus palabras al respecto no permiten dudar: *Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los Cielos* (Mt 5, 20) ¿Cómo era esta justicia? Una justicia, que, siguiendo la evolución paulina, no provenía de la fe. ¿Por qué? Porque la fe siempre reclama la actuación: *Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y, por las obras, la fe alcanzó su perfección* (Sant 2, 22)

La ética farisaica no era la consecuencia de una vivencia interna concreta, sino la forma de actuar proveniente de una exigencia externa, cual es la normativa legalista (Mt 15, 7-9) Normativa que presentaban los escribas limitándose a escribir las leyes que debían cumplir los demás, y que los fariseos enseñaban desde su condición de “separados” del pueblo antes de contaminarse con él. Estas diversas formas de comportamiento no representan a los auténticos hijos de Israel.

Asimismo, y siguiendo el razonamiento expuesto, el cristiano, no deberá ser espectador de la vida (separado) Siempre tendrá que “actuar”, servir de espectáculo en el mundo (1 Cor 4, 9) Por esta razón la justicia que va a proclamar Jesús, desde su plenitud de Cristo, ha de ser superior a la de los legalistas de la época que le tocó y nos sigue tocando vivir (10)

Mateo, antes de intuir estas verdades que, posteriormente, nos legó en su evangelio, también estaba de espectador, sentado, mirando el mundo. No obstante, cuando llega Cristo, y ve, comienza a actuar: *Cuando se iba de allí,*

*al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: Sígueme. Él se levantó y le siguió (Mt 9, 9)*

El seguimiento de Mateo exige un levantarse; no es posible seguir a Cristo en el camino y continuar sentado: la fe, impone la actuación inmediata del tocado por la mano de Dios (Mt 8, 34)

Desde esta necesaria perspectiva de fe en la que nos sitúa el evangelio, veamos la ética que nos propone Jesús.

## JESÚS Y LAS BIENAVENTURANZAS

La radicalidad con la que va a actuar Jesús, sitúa a sus contemporáneos ante una constante paradoja: es preciso actuar porque... *por sus frutos los conoceréis* (Mt 7, 16), mas la salvación proviene de la fe... Las obras sin fe no tienen valor. La fe sin obras no es posible. ¿Por qué? Porque el que cree siempre crea.

El evangelio desde la perspectiva de cada uno de los evangelistas está escrito para despertar la fe que llevamos dentro desde el nacimiento y que es la que nos humaniza, es decir, la que nos permite creer o no en determinadas cosas y personas, y, por la misma razón, la que nos empuja a crear lo previamente creído (11)

Los evangelistas han experimentado a través de su encuentro con el resucitado, que únicamente la fe, que nos viene dada desde el nacimiento, es la que nos sitúa ante la auténtica humanidad que, personificada, no es otra que Cristo. Cristo es la humanidad querida por Dios desde los orígenes. Cristo es el eterno Adán, el Hijo de Dios que proviene de las manos del Padre.

La ética de las Bienaventuranzas está programada desde Jesús pero por aquellos que han sido descubiertos por el Cristo. Esta es la perspectiva previa que ha de asumir el creyente que desee penetrar en su mensaje.

El actuar de Jesús conduce al Cristo desde el que, de hecho, se está partiendo. En ocasiones el creyente se siente perdido ante la imposibilidad de alcanzar la resurrección; de alcanzar la auténtica luz que hace desaparecer la oscuridad.

¿Por qué se da esta constante paradoja? ¿Cómo es posible llegar al Cristo si, de hecho, para alcanzar la meta (Cristo) tenemos que partir de ella? ¿Cuál es el camino? Creemos que la respuesta está en el sermón del monte, y las Bienaventuranzas son una síntesis del mismo (12)

Alcanzar la meta crística no depende de esfuerzo alguno. Cualquier camino a recorrer tiene una salida y una meta. No es esto lo que nos enseña el cristianismo. El alfa y el omega de nuestro camino es Cristo. El creyente que está situado ante Él tiene que responder en su constante presente: en el aquí y ahora de su caminar. Y en ese instante que Mateo, Jonás, Pablo, el ciego, el paralítico... se levanta y camina (13)

El camino no tiene principio y final, el camino es uno mismo situado ante la genuina humanidad querida por Dios y revelada en Cristo. Desde ese personal encuentro, los evangelistas nos muestran su actuar: ¡el sermón del monte! Actuación que parte de Cristo. Siempre fue así: el paraíso terrenal también, siendo el principio, de hecho es el final de la humanidad.

Alfa y omega que se actualiza en cada creyente, que se vuelve a reencarnar en el tiempo... desde la eternidad del Cristo de la fe. Desde nuestro tiempo deseamos penetrar en el misterio de las Bienaventuranzas. Los evangelistas nos dejaron su propia experiencia crística y desde ella nos proponen una ética concreta.

*Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu porque... (Mt 5, 1-11)*

En el pasaje mateano Jesús, como Moisés, permanece en el monte para recibir las tablas de la ley (Ex 19,20) Sin embargo existe una sutil diferencia entre ambos pasajes: ahora las nuevas “tablas” brotan de los labios de Jesús, que para el cristiano, es el Hijo de Dios.

Mateo sitúa a Jesús en un escenario conocido por el mundo judaico: el monte. En él siempre se ha manifestado Dios. Los que se han “levantado” y están “siguiendo”, como Mateo, a Cristo en el camino, siempre estarán “sentados en el monte”, es decir, junto a Dios.

Cierto que conviene trascender cualquier elemento geográfico a la hora de aprehender el misterio. El evangelista Juan como gran místico dentro de los escritores neotestamentarios, expresó esta verdad de la siguiente manera: *Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre... Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad...* (Jn 4, 21-24)

En cristiano, al decir del evangelio, no existe lugar geográfico alguno que pueda reclamar la exclusividad de la presencia divina para adorar al Padre, únicamente existe un templo sagrado: ¡el ser humano!

Mateo en su pedagogía va a comenzar su discurso en el monte, ahora bien, si es cierto que lo sitúa en este lugar geográfico, no es menos cierto que él también confía en que “llegue la hora” (*ya estamos en ella*), en el que sus oyentes trasciendan el tiempo. ¿Por qué?. Por que el tiempo, para el creyente, es muerte, y después de oír el sermón del monte ya no es posible hablar de muerte, ¡la hora ha desaparecido!, el tiempo no existe. Sólo así puede entenderse que después de todo su discurso programático diga: *Otro de los discípulos le dijo: Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre. Dícele Jesús: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos* (Mt 8, 21s.).

Quien haya aprehendido el sermón del monte no puede hablar de muerte porque ya ha trascendido el tiempo, ¡la hora! El creyente vive la resurrección y en ella la muerte ha dejado de existir, al igual que cualquier geografía terrestre.

Tiempo y lugar pertenecen a la “realidad” del ser humano; eternidad (resurrección) y espíritu pertenecen a la “verdad” del ser humano. Cierto que equivocar la realidad con la verdad es extremadamente fácil; su frontera es tan sutil como la que existe entre el sueño y la vigilia; como la realidad experimentada con el dolor, el sufrimiento, la alegría, y/o el placer cuando estando dormidos, los soñamos. ¡Real, sí, pero verídico!

El discípulo tampoco sabe discernir entre la realidad y la verdad. No ha alcanzado la frontera que delimita ambos universos conceptuales y... quiere enterrar a su padre porque “realmente” cree que su padre está muerto ¿Cómo hablar de muerte cuando lo que se ha escuchado (sermón del monte) es la visión de la auténtica vida?

Quien no ha comprendido este mensaje (el discípulo), es realmente quien está muerto, aunque, como el del caso que nos ocupa, crea vivir. De ahí que Mateo exclame: *Deja que los muertos entierren a sus muertos*. ¿Cómo puede ser curado y, por tanto, entender los hechos de milagros (Mateo los está exponiendo en su evangelio al intercalar este episodio), quien aún no se ha dejado penetrar por el mensaje?. No es la curación del cuerpo la que busca Mateo, sino la del espíritu. Aquella que enferma y sigue enfermando a pesar de estar físicamente sano.

Mateo, como Juan ante la samaritana, coloca a sus oyentes en la hora última donde se traspasa el tiempo. En esta hora también hay lugar: el monte (14) Y desde él nos dejamos penetrar del sonido de las bienaventuranzas. Ellas son la nueva ley, la nueva ética que Mateo nos propone desde la resurrección (15)

Bienaventurados... Mateo, en labios de Cristo, va desgranando la nueva ley, los diez mandamientos mosaicos (Ex 20, 1-21) ¿son ocho? (Mt 5,1-12) ¿cuatro? (Lc 6,20-26) ¿dos? (Mt 22, 34-40) ¿uno? (Jn 13, 34) La letra, como el tiempo y el espacio, también ha de ser trascendida para alcanzar el reino.

El reino que ya se acerca puede contemplarse ¿Dónde? Incluso donde pudiera parecer imposible: en el pobre y en el que sufre, bien sea por persecución, por hambre por injusticias, etc. En aquél que por la causa que fuere esté desprotegido de la sociedad, de la ley imperante o, incluso, de la religión aceptada. Será en él donde se descubra la felicidad (bienaventuranza)

Feliz el pobre, no por su pobreza (Mateo tuvo que añadir la palabra “espíritu”, porque su mente repudiaba tal expresión al no encajar dentro de los conceptos religiosos judíos y de la mentalidad semítica de la época) (16), sino porque, incluso en ella, o mejor, a pesar de la pobreza, podría verse y se sigue viendo el reino que se acerca en cada última hora ¡Cuánto más en la riqueza!, de no ser así: ¡maldita! (Lc 6, 24-26)

Sentir la felicidad en la desgracia hace bienaventurado a quien experimenta tal paradoja, y en ella, Dios se revela. La felicidad que emana de estas personas, trasciende toda ley. La ética de las bienaventuranzas no proclama la desdicha porque ella no existe en quien ha alcanzado el reino a través de la experiencia de la resurrección. La pobreza y la desgracia han desaparecido precisamente en quien la padece. En el reino impera la felicidad. Si es así, créala. No es posible creer en la felicidad y producir desgracia.

El necesitado de todo bien material, el desamparado por la justicia si se deja alcanzar por la resurrección va a experimentar tal felicidad que, automáticamente, se convierte en paradigma del reino de los cielos.

La felicidad, la bienaventuranza que expresa, al no ser de origen humano remite directamente a Dios. El pobre, en todos los ordenes de la vida es, desde entonces, principio y fin de evangelización. Hacia él ha de tender el cristiano y en él ha de reencarnar el mensaje. En Hispano América la teología de la liberación es una realidad actual y universal de la comprensión de las bienaventuranzas desde esta perspectiva.

Todo aquello que esté dentro de las necesidades humanas ha de ser motivo de preocupación ética para el creyente. Así lo habían proclamado los profetas: *A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad: a pregonar año de gracia de Yahvé día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido...* (Is 61, 1-4) (18)

Jesús, como todo cristiano, hace suyas estas palabras del profeta Isaías que el evangelista Lucas sitúa al comienzo de la predicación: *Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy* (Lc 4,21) El hoy de Cristo se realizará siempre dentro del año de gracia de Yahvé.

En este nuevo “eon” todo es un constante milagro para quien tiene ojos para ver: la virgen da a luz, el que llora es feliz, el sordo, oye y el ciego ve, la estéril, concibe y... tras la muerte... !la Vida!

Mateo nos sitúa ante la miseria humana (bienaventuranzas) para que trascendiéndola alcancemos la divinidad. El creyente que da este primer paso puede entender los hechos de milagros que expone a continuación; caso contrario, ha de seguir escuchando el sermón del monte que, catequéticamente hablando, nos está proponiendo.

No puede ver el milagro quien, a su vez, no se convierte en milagro y, por lo mismo, se encuentra incapacitado para “sentir” que la palabra hecha carne es, fue y será el hombre, cada hombre en cada concreto devenir.

El discípulo, tampoco había trascendido la objetividad de la ley y, por ello, le sigue rodeando la muerte. No escuchar el mensaje de Mateo es, para el evangelista, la prueba de que continúa en el mundo la sordera y la ceguera, por tanto, si el discípulo no ve ni oye, está muerto. Por esta razón piensa y, ¡sigue pensando! que su padre ha muerto. ¡Cómo enterrar al que, de hecho, está vivo!

Jesús le contesta: *Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos* (Mt 8, 22) La paradoja ha de ser trascendida, un muerto no puede enterrar a otro muerto sobre todo cuando éste, ¡vive!

Quien ha escuchado el sermón y “sigue” con Cristo, ha de saber por propia experiencia que todos los padres muertos ¡viven! ¿Cómo pretender enterrarlo? Por supuesto, que cosa bien distinta es ir a dar cristiana sepultura al cadáver donde, en vida, estuvo el cuerpo de su padre.

Toda la objetividad de la vida se transforma. Nada es como aparece. La fuerza del resucitado ha penetrado y trascendido todo lo creado. Desde la virginal concepción de los evangelios de la infancia que nos propone el evangelista (Mt 1, 18-25), hasta la eterna presencia cristológica que nos revela al final de su evangelio (Mt 28, 20), todo ha de ser aprehendido en el misterio y “fuerza” de la resurrección

Aquel discípulo que no se deje penetrar por esta “fuerza” jamás verá la gloria de Dios... aunque esté mirando desde la mañana a la noche: *Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verlo le adoraron; algunos sin embargo dudaron* (Mt 28, 16 s.)

El evangelio mateano culmina en el monte de Galilea que, a la vez, es el lugar donde comienza su catequética. Allí observamos que siguen existiendo discípulos que no ven y por ello dudan. Aunque, ahora, al final del evangelio hay que asumir que la verdad es inversa: ¡son discípulos que dudan, y por ello, siguen sin ver! (son y siguen siendo los ciegos de todos los caminos de este mundo)

Mateo ha situado a su lector ante la paradoja de la felicidad incluso en el sufrimiento. Esta paradoja no había sido vivenciada por los judíos que no entendía el actuar de Jesús. Tal es así que tiene que exclamar: *No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento* (Mt 5, 17) ¿Acaso toda la ley y los profetas no habían dejado claro el inmenso amor de Yahvé hacia su pueblo? Ese es el amor que hay que

demostrar al prójimo. Un amor que transforme la miseria del otro de forma que, incluso en la miseria, pueda intuirse su fuerza.

Las bienaventuranzas son el anuncio de lo que sucede en la cruz: *Por su parte, el centurión y los que con él estaban... dijeron: Verdaderamente éste era hijo de Dios* (Mt 27, 54)

En la cruz hay que seguir viendo la máxima felicidad, dicho en cristiano: la resurrección. Proclamar ante la “muerte humana” la vida divina, sólo es posible para quien, previamente, ha “visto” la felicidad en la desgracia, la riqueza en la pobreza, la justicia en la injusticia. Este des-velar la miseria humana es motivo de bienaventuranza, lugar de re-velación para el Reino de Dios.

Ahora bien, tal “visión” no presupone (como en ocasiones se ha proclamado), que la desgracia es una realidad que ha de aceptar el cristiano. ¡Jamás! La desgracia siempre es y será un mal que el cristiano deberá abolir de la faz de la tierra ¿Por qué? Porque en virtud de la fuerza del resucitado, está capacitado para ver el bien donde se encuentra el mal. Por esta razón podrá transformarlo y convertirlo en felicidad propia y ajena. Así podrá afirmar: “el verdadero centro de mi vida son los otros; mi grandeza es el servirles; mi honor es el perderme por hacerles más felices” (19)

Así la cruz se convierte en la máxima donación, y para el centurión, ¡en vida! Quedarse en la cruz, en la pobreza o en la miseria es antievangélico, por tanto es anticristiano. La cruz, al igual que los males presentados en las bienaventuranzas, ha de ser trascendida y en ella, proclamar que la muerte existe sólo para el que “en vida” ¡ya está muerto!

En ellas (bienaventuranzas) ha de ser afirmada la ética querida por Dios desde los orígenes. Dicha ética exige la actuación del creyente para abolir el mal, ya que éste puede ser observado y transformado en todo momento y lugar, sólo es necesario dejarse penetrar por el reino que eternamente se está acercando a la persona que “escucha la voz en su interior” (Mt 3, 3)

Jesús (y los que creen en su mensaje), ha escuchado la voz: *Este es mi Hijo amado, en quien me complazco* (Mt 3, 17) Mateo comienza la actuación de Jesús partiendo del bautismo judío y acaba su evangelio con la fórmula trinitaria: *Id pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el*

*nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19)* Al margen de que esta fórmula sea posterior al evangelio mateano, el hecho de aparecer insertada al final de su escrito es del todo sugerente.

Las primeras comunidades cristianas saben por experiencia que quien no muere a la muerte no puede ser captado por la vida. El bautismo representa, simbólicamente hablando, dicha muerte. A partir del bautismo “comienza” la vida cristiana.

Donde more un cristiano no debe existir el mal. Si la forma objetiva del mal se representa con la miseria humana, lo primero que hará Jesús es hacerla desaparecer: *¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? Jesús les respondió: Id y contad a Juan lo que oís y veis, los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva...* (Mt 11, 3-5)

El cristiano, por tanto, no se queda en el sufrimiento, sino que lo transforma en riqueza, en felicidad y, precisamente, allí donde más falta hace: ¡en la miseria humana! Sea ésta traducida por pobreza, dolor, injusticia etc.

Las bienaventuranzas son el comienzo de este gran mensaje. De ahí que quien descubre tal tesoro exclame con Mateo: *“Vosotros sois la sal de la tierra (Mt 5, 13)*

Todo lo soso e insípido (miserable) de este mundo desaparece cuando llega un cristiano (la sal) Por ello ha de ser, precisamente, en lo peor donde se revele la verdad. Mateo ha preparado a su lector para que se deje penetrar por la fuerza del mensaje que nos relata junto a Cristo: el sermón del monte.

## JESÚS Y LA ÉTICA DEL MONTE

Mateo nos “susurra” desde el interior, desde el desierto de su soledad asumida en la experiencia del Bautista, como todo buen judío (pobre del ser humano que no asuma su propia experiencia, su pasado), lo que entiende que todo creyente ha de experimentar cuando es alcanzado por la resurrección. Su catequética no es un camino para llegar a una meta. Su ética del monte es una experiencia de vida para quien en la tumba, en todas las tumbas de todos los tiempos, no “ve” a Jesús porque Jesús es el Cristo resucitado (Mt 28,1-10)

*“Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis”* (Mt 28,7) Mateo nos sitúa en el monte, y en Galilea, para que nuestro desierto sea transformado. Él se convierte en la eterna “voz” que clama, y su callado clamor llega hasta nuestro presente, para que la experiencia de cada cristiano entronque con la fuerza de la palabra evangélica.

La palabra del monte de Galilea expresa la ética más allá de cualquier “ethos”. El “ethos” o costumbre de cada pueblo, de cada mundo, puede ser trascendido aunque, en cada momento histórico haya de ser puesto por escrito.

La normativa es la expresión de la dignidad humana que, en cristiano, representa a la filiación divina. Pero la normativa no es sino la imagen donde se representa, simbólicamente, dicha filiación.

Y la palabra del monte sea en Galilea o en el Sinaí se escucha en cada desierto, la pronuncie Jesús o la promulgue Moisés. Ella es eterna porque en ella representa el ser humano su diálogo con el trascendente.

Mateo nos va a exponer con mayor detenimiento su ética, que no es otra que la de Cristo. Quien ha aprehendido la felicidad que invade al cristiano (bienaventuranzas), puede ahora “seguir” el caminar de la nueva humanidad.

El “seguimiento” de Mateo (Mt 9, 9) reclama un comportamiento (el del propio del evangelista) que ahora estudiaremos con los parámetros siguientes:

- .- Mas allá de la ley (Mt. 5, 20-48)
- .- Más allá de la religión (Mt 6, 1-18)
- .- El Reino de Dios es presente (Mt 6, 19-33) (20)

#### 1.- Más allá de la ley (Mt 5, 20-48)

En esta primera fase del discurso mateano se observa el programa ético del cristiano: *Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* (Mt 5, 48)

¿Puede algún ser humano llegar a la perfección divina? Pues así ha de ser la fundamentación de su ética: una constante transformación en el humano caminar. Un horizonte inalcanzable que obliga siempre a mantenerse alerta.

La ética cristiana no puede mirar al pasado; siempre se realiza en el presente de quien vive la resurrección. De ahí que Mateo inicie su programa con la siguiente frase: *Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos* (Mt 5, 21)

La ética del sermón del monte está formulada de forma que no pueda ser cumplida. Y es ante la imposibilidad de su cumplimiento que el creyente lanza una mirada más allá de sus posibilidades (21)

Los escribas y fariseos, en cuanto legalistas eran los que mejor cumplían la normativa. Mas quien se queda en la normativa, no está preparado para trascenderla: ¡Cristo siempre trasciende y trascenderá la letra!

La eticidad cristiana se fundamenta en la imposibilidad de ser cumplida, porque en todo momento ha de ser trascendida ¿Cómo? Si la ley dice no mates, tú, ni tan siquiera te enfades (Mt 5, 21 s.) Si la ley dicta no cometer adulterio, tú, reprime el deseo (Mt 5, 27-32) Si la norma estipula el justo resarcimiento de la ofensa, tú, permite que te sigan ultrajando (Mt 5, 38-42) Es más, si la religión ha proclamado amar al padre y a la madre y crees ser religioso cumpliendo tal o cual mandamiento, escucha: *Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos ¿Qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?* (Mt 5, 46 s.)

La eticidad del cristiano ha de buscar siempre y en todo momento la felicidad. Y el cristiano sabe por experiencia que la felicidad consiste en resucitar plenamente. De ahí que no pueda quedarse quieto en su “caminar”. Quien se paraliza no está usando sus miembros como es debido; si es así, para que sirven: ¡Córtatelos! Si la pierna está hecha para andar, ¡anda! Si el ojo está hecho para ver, ¡ve! (5, 27-30)

Todo en el ser humano está hecho en función de la felicidad. Ahora que Mateo conoce la felicidad: resurrección, programa todo un ideario en el que pretende exponer su revelación. Ahora bien, como de hecho es imposible explicar la resurrección con palabras y por lo mismo, alcanzarla con

comportamientos preestablecidos, nos muestra con su vivencia lo que jamás ha de hacer un creyente: paralizarse en la ley ya promulgada.

Cristo siempre está llegando, por ello, plenamente, siempre ¡está por llegar! La primera fase de su programa da fe de tal afirmación: el cristiano a de situarse más allá de la ley, y no porque la rechace, antes bien todo lo contrario, primero ha de asumirla para, posteriormente, trascenderla hacia Cristo.

## 2.- Más allá de la religión (Mt 6, 1-18)

Para el creyente nada está hecho porque todo se está haciendo. No es extraño que la puerta de entrada a estas verdades parezca estrecha (Mt 7, 13 s.) Es que de hecho, quien así piensa, cree que la puerta está fabricada. El carpintero y la puerta son la misma verdad: el cristiano. Camino y caminante, Cristo y cristiano, todo en uno y el uno en el Padre.

Cuando es así, la Iglesia que formamos producirá buenos frutos, caso contrario, como el miembro que no cumple su cometido ¡cortadlo y arrojadlo al fuego! (Mt 7, 15-20) Volvemos, como antaño, al comportamiento de los escribas y fariseos. Estamos volviendo a edificar la “casa” sobre arena (Mt 7, 26-27)

La justicia que requiere la eticidad cristiana va, no solo más allá de la ley, va más allá de toda religión. Si la religión es el exponente de una fe. Tu fe no necesita ser expuesta ¡Dios siempre la está viendo en tu corazón! *Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas... Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará* (Mt 6, 5 s.)

La puerta de la entrada en el Reino es el corazón de cada hombre. Para abrirla, hay que comportarse como Cristo: dando de comer al hambriento, de beber al sediento, ayuda al necesitado ¿Cómo?. Nada está estipulado, ni tan siquiera la religión. En cada momento habrá que ser el cristiano que traduzca los signos de los tiempos y más allá de toda ley y de toda religión actuar como Cristo. ¡Esa es nuestra ley y esa nuestra religión!

El evangelio traduce, en los signos de los tiempos donde se escribió, la perpetua ley de Dios. Aquella que fue y sigue dándose en el Sinaí para quien tiene ojos para ver. Ahora Mateo nos la acerca desde su particular monte en los alrededores de Galilea. Siempre el creyente estará en el monte, si con ello, como desde Moisés, se quiere expresar simbólicamente la cercanía de Dios.

La religión expresada es auténtica cuando es motivo de felicidad para el otro: cuando la muerte y miseria humana se transforma en felicidad, en bienaventuranza; cuando la cruz se torna en amor, la necedad en sabiduría: *Así por sus frutos los conoceréis* (Mt 7, 20)

En definitiva, el reino de los cielos se verá según el comportamiento de los cristianos en la tierra... por sus frutos los conoceréis. Igual que los frutos hablan del árbol, las obras hablan del corazón que las provoca.

### 3.- El Reino de Dios es presente (Mt 6, 19-33)

*Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt 6, 21) El reino no hay que buscarlo en el más allá, se ha de realizar desde el más acá. No hay dos reinos como no hay dos señores: *Nadie puede servir a dos señores: porque aborrecerá a uno y amará a otro; o bien se entregará a uno y despreciará a otro. No podéis servir a Dios y al dinero* (Mt 6, 24)

La ley marca la pauta que rige a la sociedad. El cristiano que necesita que le indiquen cuál es el camino, no es camino para los demás, luego su corazón está fuera de la esfera del amor. Cristo es amor y el cristianismo, la Iglesia, debiera ser la más radical escuela de amor. Quien no está con Dios está contra Él. La actitud que exige el sermón del monte es radical: o conmigo o contra mí.

*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal* (Mt 6, 33 s.)

El reino se realiza en la plenitud del tiempo: la resurrección. ¿Cómo preocuparse del mañana quien vive la eternidad (no-tiempo)? Quien se preocupa del mañana no vive la resurrección.

Ahora bien, esto no significa que quien vive la experiencia del resucitado ha de despreocuparse de cada día. ¿Por qué? Porque la experiencia crística se vive y se revela en la preocupación por el otro.

La eternidad se revela en el tiempo, siempre que el cristiano se reencarna en su concreto devenir; siempre que el creyente asume la desgracia ajena para demostrar que Cristo es liberación.

Liberación, en primer lugar, del pobre y del oprimido en tanto y cuanto el cristiano enriquece y libera, porque es el cristiano el que se convierte ¡en el Reino donde Dios se revela! Caso contrario, la ley y la religión se convierten en el opio del pueblo.

La tercera fase del discurso catequético de Mateo es la obertura de su evangelio. El actuar de Jesús es la prueba de su pensamiento, así el creyente. Donde Jesús aparece, desaparece el dolor, la desesperanza, las diferencias, todo es y será constantemente novedoso, como el Reino: *Habéis oído que se dijo... pues yo os digo* (Mt 5, 21; 27; 32; 38; 43) El cristiano siempre ha de trascender la palabra dicha ¿Cómo? A través de su comportamiento con el necesitado.

Quedarse en el ayer, es peor que vivir para el mañana. *Por eso os digo, No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?* (Mt 6, 25) El mañana para el cristiano no existe pero lo transforma desde su acontecer de cada día. Ese es el espíritu de su ética. Una ética de continuo cambio hacia la plenitud de la resurrección.

Quien cree haber llegado a la meta, se ha perdido en el camino. De ahí que al final de la “propuesta” mateana y tras la confianza plena en Dios (oración del padrenuestro), nos exhorte a no juzgar para no ser juzgados (Mt 7, 1) Su ética, su ley, no tiene mandamiento alguno. Todos han sido trascendidos y recapitulados en la regla de oro evangélica: *Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas* (Mt 7, 12)

¡Esta es la Ley del cristiano! La normativa que explica su ética consiste en amar como desea ser amado: en hacer lo que quisiera que el prójimo le hiciera. A partir de este instante el evangelista Mateo nos va mostrando, a

través de una catequética que pretende trascender tiempo y lugar, el comportamiento de Jesús de Nazaret. Efectivamente, Jesús que, ya en el momento de escribir Mateo su evangelio, era, para él, el Cristo, se adaptó fielmente al compromiso de la ética del monte.

La antigua y nueva economía se traduce en algo tan sencillo como amar al prójimo tal y como el prójimo desea ser amado. Y ello implica una ley más allá de toda ley y una religión más allá de toda religión ¿Por qué? Porque el amor, como el matrimonio, no puede quedar sellado con contrato alguno. El amor siempre ha de superar a la ley, a la religión, en definitiva, al hombre. El amor es Dios mismo encarnado en cada historia concreta donde se reproduce la ética del monte (22)

## Conclusión

¿Es posible concluir el acontecer de la ética del monte? No. Estamos en camino, somos camino hacia la resurrección plena. Cada signo de los tiempos merece una constante reencarnación del mensaje donde continúe Cristo diciendo: *Habéis oído que se dijo... pues yo os digo*. Cuando el cristiano calla, la palabra enmudece. Y el cristiano calla, cuando no actúa conforme al plan evangélico.

La novedad evangélica ha de ser realidad en cada necesitado de nuestro entorno. Y lo es cuando hacemos desaparecer la miseria que invade nuestro mundo como Jesús lo hizo con el suyo.

Bienaventurado el pobre, que a través de su pobreza nos permite descubrir la riqueza de un Dios que no desea la miseria humana, antes bien, la crucifica en el madero para revelar, en la necesidad, la sublime ley que desde los orígenes nos libera: el amor.

Todas y cada una de las miserias pueden ser motivo de dicha cuando el seguidor de Cristo hace desaparecer el mal que las cubre. Es entonces cuando se convierten en bienaventuranza y re-velación.

Jamás el evangelio ha pretendido enaltecer la injusticia humana. Toda la ética del sermón del monte trata, muy al contrario, de erradicarla. La expresión del “Padre nuestro” marca un origen común de toda la especie humana, por este motivo el enemigo, y con él la enemistad desaparecen: *Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo (Dt 23, 7) Pues yo os digo, Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial...* (Mt 5, 43-45)

El evangelio pide un paradigma imposible: amar al enemigo. Mas esto es posible cuando la enemistad desaparece del corazón humano; lógico, en ese instante se ama al enemigo porque el enemigo no existe. En el resucitado todo es amistad, es decir, amor. Y es en el amor donde todos tenemos un Padre común (23)

La ética del monte no está formulada porque se sigue formulando en cada corazón humano. Ella es el paradigma que veinte siglos después nos sigue provocando para reencontrar la ley, la norma donde pueda descansar la dignidad humana.

La ética evangélica está marcada en cada hombre de buena voluntad que, ¿posiblemente sin saber porqué?, hace el bien a sus semejantes sin esperar nada a cambio.

Los cristianos que estamos en torno a la Iglesia de Cristo tenemos una gran responsabilidad pues, como entonces, somos los escribas y fariseos a los que Jesús dirigió sus más duras palabras.

Mateo nos ha mostrado en su particular monte, que la ética pasa siempre por el recto comportamiento con el prójimo más allá de cualquier ley y de cualquier religión pues, de hecho, quien encuentra el Reino, lo reproduce a través de su acontecer.

El creyente que se ha dejado aprehender por la resurrección experimenta que es en lo más débil y necesitado de este mundo donde ha de reencarnar el mensaje. Y ello, sin preocuparse por el mañana, ya que el tiempo no existe para quien vive la experiencia resurreccionista.

Esto no quiere decir que deba despreocuparse por las realidades de este mundo pues, precisamente, es a través de ellas, donde necesita ser reencarnado el Cristo que todos llevamos dentro.

Aquellos que no se dejan guiar por la fuerza del Espíritu, se quedan y se siguen quedando presos en la palabra, en la ley, o en la religión. El cristiano sólo puede quedarse preso en el otro. Pues es en el otro donde se sigue revelando el Reino. Es en el otro donde nos seguimos salvando y liberando.

La religión cristiana y, por lo tanto, bíblica, siempre es y será relacional. De ahí la importancia del ethos, de la ética, de la ley y de la religión (como la católica) que pretende resumir y desvelar universalmente el misterio del ser humano que, en definitiva es Cristo... ¡Dios!

Y el que tenga oídos...

## Notas

1.- Para entender la génesis y fundamentación de la moral católica, así como el cambio de matriz disciplinar tras el Concilio Vaticano II, es imprescindible la lectura de la obra de Gómez Mier, V., La Refundación de la Moral Católica. El cambio de matriz disciplinar después del Concilio Vaticano II. Estella 1995

2.- La moral siempre ha de estar en constante renovación. Sobre esta necesidad intrínsecamente humana puede verse a López Quintás, A., Necesidad de una renovación moral, Valencia 1994

3.- Si comparamos el texto de Mt 8, 24 y el de Jonás 1,5 se observa que lo que les falta a los apóstoles es fe para “ver” que Cristo está con ellos y no precisamente dormido. Asimismo, en la historia de Jonás “Yahvé” también parece dormir en el profeta cuando los marineros “creen” que van a morir. En ambos casos la trascendencia no duerme, es el creyente el que pierde la vigilia.

4.- Para más detalles de estos términos puede verse la obra dirigida por Rossi, L., / Valsecchi, A., Diccionario enciclopédico de Teología Moral, Madrid 1978

5.- “España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político” Cf. Sánchez Goyanes, E., Constitución Española Comentada, 22ª edición, Madrid 2001 p. 256. En relación con los derechos fundamentales del hombre en nuestra Constitución, es clásica la obra de Pérez Luño, A., Los Derechos Fundamentales, Madrid 1984. Asimismo, y referente a los valores superiores aquí expuestos puede verse entre otras la obra de Peces Barba, G., Los Valores Superiores, Madrid 1984

6.- Es conveniente recordar aquellas palabras de Jesús que introduce Marcos en su evangelio *Y cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis de que vais a hablar; sino hablad lo que se os comunique en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo* (Mc 13, 11)

7.- Los sentimientos humanos están presentes en cada ser, no obstante, los universos conceptuales a través de los cuales afloran varían con la sociedad. Esta evolución puede observarse en la interesante obra de Marina, J.A / López Pena, M., Diccionario de los sentimientos, Barcelona 1999.

8.- La génesis e historia de esta alianza la hemos sintetizado últimamente en esta misma revista y en nuestro trabajo sobre el Hijo de Dios y bajo el título Filiación divina y expectación mesiánica en el Antiguo Testamento, “Biblia y Fe” 80 (2001) 5-32

9.- La oración del padrenuestro que nos proponen Mateo y Lucas expresa el temor a “quedarse dormido”, es decir, a “caer en la tentación”. La oración tiene su auténtico valor cuando se recita después de haber “despertado”.

10.- Los legalistas, a través de la ley, explican la costumbre “ya” admitida en la sociedad, de ahí su imposición. No obstante, el auténtico seguidor de Cristo ha de ser el constante renovador de la normativa. Así traducimos las palabras de Pablo cuando afirma: *Y no os acomodéis al mundo presente, ante bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto* (Ro 12, 1-2) De hecho, Pablo fue el cauce del universalismo de nuestra creencia cuando transformó y renovó las mentes de Santiago y Pedro en el Concilio de Jerusalén.

11.- La fe es un don que nos viene dado, gracias a él pueden los humanos creer. La fe emana de Dios y la creencia del hombre.

12.- ¿Por qué? Porque como iremos viendo en nuestro ensayo la revelación plena de Dios es Jesús (el hombre) Quien no sigue viendo en el hombre la palabra de Dios, jamás la vio en texto alguno. Pablo lo expresa maravillosamente cuando escribe a los corintios: *¿Comenzamos de nuevo a recomendarnos? ¿O es que, como algunos, necesitamos presentaros cartas de recomendación o pedíros las? Vosotros sois nuestra carta, escrita en vuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. Evidentemente sois una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones* (2 Cor 3, 1-3)

13.- En todos los personajes mencionados aparece el semitismo “levantarse”: Mateo 9, 9; Jonás 1, 2; Pablo (Hch 9, 18); el ciego (Mc 10, 49); el paralítico (Mt 9, 6-7 y par) etc.

14.- El evangelista Lucas sitúa esta perícopa en un “paraje llano” (6, 17) Sus lectores al no ser judíos no precisan el monte para simbolizar la cercanía divina, necesitan que en el otro, especialmente si es menesteroso, siga revelándose Cristo (Lc 6, 17-26)

15.- En nuestra exposición seguimos el discurso que nos propone la catequética mateana, dejando al margen la teología que desarrolla Lucas en su “discurso inaugural” (Lc 6, 17-49)

16.- Remitimos al lector al trabajo que realizamos sobre los milagros y en el que expusimos el paralelismo existente entre términos tan opuestos como pobreza, riqueza, enfermedad, muerte, pecado, en definitiva, entre la cercanía y lejanía de la divinidad. Por esta razón cuando Jesús sana, exclama: tus pecados te son perdonados. Quien está con Dios no puede ni ser pobre ni estar enfermo. ¿Cómo explicar con esta mentalidad que el pobre sea a la vez rico y feliz (bienaventurado)? Quelle, C., Los milagros, Madrid 19

17.- Lucas no necesita añadir la palabra “espíritu” dado que los paganos a los que dirige su evangelio no están supeditados a la mentalidad semítica (Lc 6, 20)

18.- Así lo sigue anunciando la Iglesia. En relación con el pontificado de Juan Pablo II puede verse la obra preparada por Martínez Puche, J.A., Encíclicas de Juan Pablo II, cuarta edición, Madrid 1998. Ver especialmente el estudio de conceptos “Bienaventuranzas” y “sermón del monte” pp. 1489 y 1528 respectivamente.

19.- Con estas bellas palabras explica Pikaza el auténtico significado del comportamiento cristiano que se recoge en el sermón del monte. Pikaza, J., /de la Calle, F., Teología de los evangelios de Jesús, Salamanca 1974, p. 147

20.- Reproducimos el esquema que nos presenta el autor ya citado para el estudio del sermón del monte en Mateo. Pikaza, J., /de la Calle, F., o. c., p. 142

21.- “Y es que las normas éticas de Jesús presuponen que nadie las puede cumplir. El primero en saberlo es el propio Jesús. Sin embargo, las presenta como un precepto imposible, para que cada creyente tome así conciencia de su debilidad y se abra a Dios para pedirle ayuda. Tal apertura -¡expresión de fe!- se considera elemental para traducir a vida el programa ético de Jesús” Cf. Salas, A., Biblia y Catequesis. ¿Cultura y Fe en diálogo?. Nuevo Testamento III. Los Evangelios. Madrid 1982, p. 219

22.- Una de las expresiones objetivas más bellas del amor, es el matrimonio. No en vano el evangelista del amor, Juan, al escribir su evangelio, presenta el primer milagro de Cristo en la celebración de una boda. Y es este evento donde los apóstoles comenzaron a creer.

23.- “El evangelio deja bien claro que nuestra religión se inspira en criterios sobrenaturales. Por supuesto que, a la hora de esbozar un programa ético, rebasa los puros condicionamientos de la ley, para situarse en el ámbito del amor, la auténtica fuerza liberadora del hombre. Este siempre acudió a Dios desde el temor. Pues bien, ahora puede hacerlo desde el amor” Cf. Salas, A., o. c., p. 225

Constantino Quelle  
Madrid 30 de Agosto de 2002